

Conferencia: “Niños, adolescentes, adultos. Tres clínicas, un psicoanálisis”¹

Florence Guignard

Introducción

Desde que Freud inventó la técnica psicoanalítica basada en los descubrimientos del funcionamiento inconsciente, el debate sobre la “pureza” de la cura analítica ha dado mucho que hablar. Ahora bien, si se examina la obra del fundador del psicoanálisis, se verá que todas las edades de la vida han sido para él objeto de observación, desde el *fort/da* de su nieto al “Moisés” del fin de su vida, pasando por el célebre “Juanito”, y sin olvidar que Dora, “El hombre de los lobos” y la “joven homosexual” eran, en realidad, jóvenes adultos, más bien adolescentes (entre 17 y 23 años)

Personalmente, he comenzado mi carrera profesional muy temprano ocupándome de niños y adolescentes, y no fue sino después de haber visto todas las formas y colores de la plastilina, los Legos® y los personajes de diversa índole durante una decena de años, que comencé con la práctica de la “cura tipo” con pacientes adultos. Descubrí entonces las delicias de poder pensar lo que ocurre desde la confortable posición del sillón durante toda la sesión, no teniendo la obligación de controlar mi postura o la expresión de mi rostro, ni de tener que pensar a toda velocidad una reacción adecuada mientras recibo una bala o un cochecito en mi cara. Es verdad que hay palabras que hieren, pero el

¹ Conferencia dada en la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires el 5 de octubre de 2012.

espacio/tiempo de los intercambios concretos no es superponible al espacio/tiempo de los intercambios verbales...

Sin embargo, contrariamente a mis colegas, no he abandonado jamás la práctica con los niños y los adolescentes. Y ahora que no tomo más pacientes, para no hacerles sufrir el desarraigo del día en que ya no seré capaz de ayudarlos adecuadamente, continúo escuchando curas de pacientes de todas las edades y luchando para que las grandes personalidades de nuestras venerables Sociedades de Psicoanálisis no tengan miedo de los niños y osen acercarse con la maravillosa herramienta del método psicoanalítico.

Durante todos estos años de práctica, he reflexionado constantemente sobre los múltiples parámetros teóricos y técnicos de nuestro bello e imposible oficio, y he sentido la necesidad de escribir, semana tras semana, mes tras mes, año tras año, sobre este vasto tema.

Como resultado he publicado dos o tres libros y cientos de artículos y conferencias. Cada uno de estos pequeños pasos hacia un poco de comprensión me sostuvo en mi trabajo clínico y me permitió darme cuenta de la inmensidad de mi ignorancia, de la modestia de mis conocimientos, y de la relación tumultuosa, pasional, que yo tengo con mis propias creencias.

El espacio/tiempo analítico

- Me gustaría comenzar por una creencia, bien consciente, que, como todas las creencias, no la comparto más que con algunos otros: creo firmemente que la creación de un espacio/tiempo analítico es una condición indispensable para todo trabajo efectuado por un psicoanalista con otro ser humano, cualesquiera que sean las patologías o la edad de este último. Esta creación algunas veces lleva mucho tiempo y constituye un trabajo y un proceso que no se puede reducir a las condiciones exteriores del encuadre analítico de la cura tipo con los pacientes adultos. Con los niños y los adolescentes igualmente hay que tener permanentemente presente que estamos cerca de un ser humano que sufre, con el objetivo preciso de conducirlo a temer un poco menos a su propia interioridad, porque estaremos

a su lado –objeto de apoyo y de continencia–, antes de poder comprenderlo e interpretarlo. Perder de vista este tipo de aproximación significa dirigirse certeramente hacia el fracaso terapéutico. Este fracaso puede darse de manera repentina o de manera subterránea y larvada pero sin embargo no menos deletérea.

- Se puede observar una ruptura brutal de entrada, por ejemplo con los adolescentes, o con los niños atrapados en una simbiosis parental que no supimos respetar, o incluso con aquellos adultos para quienes la actividad del pensar comporta el riesgo de un derrumbe.
- En el segundo término de esta alternativa interesan evidentemente todos los casos donde la transferencia negativa no ha sido suficientemente trabajada y elaborada en la relación transferencial/contratransferencial y termina por fijarse en una reacción terapéutica negativa insensible a todo esfuerzo interpretativo.

Todos sabemos que ciertas curas analíticas se eternizan en su esterilidad durante años y que, al contrario, un campo analítico se instala a veces muy rápidamente en ciertas intervenciones que a primera vista eran puramente psicoterapéuticas permitiendo un trabajo sostenido y fecundo de la pareja analítica.

Me propongo pues reflexionar con ustedes a propósito de los componentes que, en el interior del campo analítico y desde el primer encuentro, pertenecen a los dos protagonistas y más particularmente aquellos que esperamos del analista, en la asimetría clásica que reconocemos a la pareja analítica. Esta reflexión contiene un valor pronóstico nada despreciable sobre las esperanzas que cada uno de los miembros de la pareja pone en lo que la cura tiene por delante.

Elementos sensoriales, *Inter faeces et urinas nascimur*....

Se subestima demasiado la importancia del Yo corporal de los dos protagonistas de toda situación analítica potencial, y sobre todo los estímulos sensoriales que obran en el establecimiento de un primer “contacto” (¿se puede encontrar un término más relacionado con la sensorialidad que éste?) con un paciente eventual.

De la misma manera, en la narración que un psicoanalista puede hacer de una situación clínica, las impresiones que emanan del cuerpo del otro pueden ser a veces despreciadas. En mi actividad de supervisora, me encuentro muchas veces en la necesidad de subrayar a un joven colega que me presenta un caso, que yo no “veo” al paciente del cual me está hablando. Ahora bien, la descripción del terapeuta de la postura general, de la gestualidad de la mirada, del apretón de manos, de los gestos parásitos de la persona que viene a consultarlo es reveladora de uno y otro protagonista.

Si los elementos sensoriales están tantas veces ausentes de los relatos psicoanalíticos, es en razón de la vergüenza primaria que se le asocia. No he olvidado la tensión que reinaba en el auditorio cuando Didier Anzieu relató un caso de un paciente que olía tan mal que había que airear toda la casa después de cada sesión. La risa maníaca de la sala no se silenció hasta que Anzieu contó su interpretación: se había vuelto al universo educado y aséptico de la comunicación verbal.

En tanto parientes pobres de la comunicación verbal, los estímulos sensoriales gozan de la consideración de los psicoanalistas. No satisfechos con contaminar el aire de nuestro consultorio, y de manchar a veces nuestros divanes y alfombras –como esa mujer de la alta burguesía que me trajo excrementos de perro pegados en su zapato de lujo en nuestra primera entrevista–, los elementos sensoriales tomaron importancia cuando W. Bion descubrió su rol esencial en tanto que “ladrillos” constitutivos de la actividad del pensar.

Actividad de pensar

Nuestra clínica psicoanalítica muestra que existen lazos estrechos entre el nivel y la riqueza creadora de la actividad de la simbolización, por un lado, y la naturaleza y la cualidad de las identificaciones observables en la transferencia, por el otro. Sobre la base del concepto de identificación proyectiva, instalada en 1946 por M. Klein como un proceso que integra todo funcionamiento psíquico, Bion establecerá su teoría psicoanalítica del pensamiento que se puede resumir así:

Con el acto y la expresión somática, la capacidad de experimentar

emociones constituye una de las primeras manifestaciones del sistema pulsional. Ahora bien, las emociones son el fruto de la transformación de los elementos sensoriales –elementos β – gracias al juego de la identificación proyectiva que se instala, cuyo prototipo es la relación de *rêverie* que existe entre la madre y el niño. El pensamiento se funda en el inmenso campo transformacional de esta capacidad de sentir emociones.

Presente *in status nascendi* en el pensamiento del sueño tal como Freud lo describió en el capítulo VI de “La interpretación de los sueños”, el pensamiento desarrolla una multitud de formas, de las cuales la más elaborada se expresa en la forma de la simbolización verbal. Sin embargo, el lenguaje produce a veces una ilusión y sus formas más abstractas o las más sofisticadas no contienen siempre, sin embargo, un pensamiento verdadero, auténtico. Dos obstáculos se le oponen:

- El hecho de que la verdad no puede sino expresarse más que dentro de una atmósfera más o menos espesa de mentira, lo que hace decir a Bion que “no hay mentiroso más grande que aquél que pretende no mentir jamás”.
- La importancia de la “mentalidad de grupo” en la comunicación social, tanto oral como escrita, que tiene por resultado que el locutor/escritor tema las repercusiones hostiles que podría tener su pensamiento verdadero en su medio social, familiar o profesional.

Por suerte, el pensamiento existe bajo otras muchas formas incluso en los sujetos más jóvenes:

- El juego es un buen ejemplo. A un niño de 2 o 4 años que actúa en una escena con sus Playmobil® no le importará mucho el “qué dirán” y expresará sus deseos y sus temores verdaderos en una forma de pensamiento poco deformada por la mentalidad del grupo en el cual está inmerso. Sin embargo, este último no estará nunca completamente ausente de la forma que tomó su actividad, y tomará más y más importancia a medida que el niño crezca e invista su

medio social y escolar, sin olvidar sus intercambios con el universo virtual de la civilización digital.

- El dibujo constituye otro ejemplo de expresión del verdadero pensamiento. Aquí tendremos que considerar varios factores, sobre todo las proporciones respectivas de los elementos dibujados, los “olvidos”, las correcciones, etc. Pienso, por ejemplo, en un niño de 8 años cuya madre no se ocupó jamás de él como se debe, al punto que el juez de familia le había dado la tenencia al padre. Este niño dibujó durante un mes un combate que oponía cíclopes “buenos” a seres humanos “malos” ... Hasta el día que, sin pensar, dibujó un cíclope con dos ojos! La relación terapéutica había tenido éxito en restablecer, para este niño, una “visión binocular” (Bion) de su madre interna y una introyección de esta visión en el funcionamiento de su propio pensamiento.
- La producción artística de algunos de nuestros pacientes no debería quedar fuera de nuestra atención analítica. No se trata de interpretarla sino de observar su forma y su naturaleza, así como la evolución de éstas. ¡Cuántos artistas han expresado su temor de perder su creatividad si comienzan un análisis! Por haber visto a muchos, puedo testimoniar que, lejos de desaparecer, la creatividad verdadera de un artista se despliega cada vez mejor en el curso de un análisis bien conducido.
- El sueño diurno, finalmente, constituye una fuente inagotable de investigación del modo de pensar de nuestros pacientes de todas las edades. Este vocablo contiene y supera al mismo tiempo el concepto clásico de “asociación libre” porque el sueño diurno no necesita apoyarse sobre un sueño efectivo y no requiere del paciente una capacidad de interioridad que la mayoría de las veces le falta al principio de una cura. Es la escucha del analista lo que permitirá a la pareja analítica reconocer al hilo conductor que liga entre ellos y en la relación entre ambos los elementos más diversos y más triviales del discurso manifiesto del paciente.

El encuentro

Es principalmente gracias a estas dos competencias, una sensorial y otra de pensamiento emocional, donde el analista deberá abordar el encuentro con una persona que le pide ayuda. Esta posición de atención particularmente intuitiva busca anticipar en qué baluartes defensivos y en qué puntos ciegos el paciente va a arrastrar la relación. El paciente también está en una actitud de expectativa, “con todas las antenas listas” y va a captar de nosotros, inconscientemente, muchísimas más cosas que las que tenemos intención de mostrarle a través de nuestra neutralidad analítica. Bion decía: “No se inquiete de lo que su paciente va a descubrir sobre usted: de todas maneras él sabe ya todo sobre su funcionamiento psíquico”.

Mencionaré ahora una tercera competencia del analista que aborda un encuentro con un paciente sea cual fuera: la memoria. En efecto, a causa de la transferencia, el analista será investido de entrada por el recién llegado como el receptáculo de todo lo que le va a decir, e incluso de todo lo que él cree haberle confiado sin haberlo hecho realmente. El peso de esta memoria se duplica en el analista que trabaja con niños con las informaciones recibidas del entorno. Corresponde a la economía psíquica del analista el sucumbir o no a este fardo o más bien hacerlo fructificar en su interacción con la persona que viene a consultarlo.

La capacidad negativa (Keats)

Desde el comienzo mismo de la vida, las pulsiones del bebé buscan vías de desahogo en su entorno. La función *rêverie* de la madre constituirá un factor primordial para empujar estas pulsiones hacia la vía de la atribución de un sentido a un universo totalmente misterioso. Gracias a su capacidad para ligar, la pulsión epistemofílica ($K\pm$) constituye un avatar pulsional prometedor para el desarrollo armonioso y asintótico de la persona humana. El diálogo preverbal del *infans* con un entorno curioso de su funcionamiento constituye un precioso contenido/para-excitación, a condición de que este entorno acepte no saber –capacidad negativa– y le produzca un verdadero placer pulsio-

nal el descubrir de cada instante. El adulto que quiere establecer un verdadero contacto con un *infans* debe tener una buena escucha de su propia infancia.

Mutatis mutandis, esta descripción vale también para el psicoanalista que pretende establecer un contacto con los constituyentes sufrientes de su paciente infantil. Contrariamente a lo que ocurre con el *infans*, el principal obstáculo que encontrará el psicoanalista será la denegación de la vida psíquica que sufre su paciente en grados diversos. Este último, enclavado en sus racionalizaciones, opondrá a la búsqueda de sentido sus creencias neuróticas hechas de ideas preconcebidas que tienen un valor de pensamiento mágico, así como un funcionamiento psíquico camuflado, formando elementos de transferencia descritos por Bleger bajo el vocablo “núcleo aglutinado”. El analista deberá recurrir a una escucha particularmente atenta, soñadora, inclusive visionaria de este nuevo otro que atraviesa el umbral de su consultorio y de su psiquismo. Así, junto con los raros momentos vividos alrededor de una interpretación mutativa, el primer encuentro forma parte de los momentos profundamente analíticos de nuestra profesión. No se trata de ninguna manera de aplicar al recién llegado un diagnóstico psiquiátrico reductor y evacuador del pensamiento. Habrá más bien que “sentir” si lo que se “abrochó” por el sufrimiento psíquico parece ser movilizable y, si fuera el caso, en qué sentido y a qué precio para la economía psíquica del paciente. Tendremos también que enfrentarnos al grado de extranjería de aquél o aquélla que invitamos a visitarnos varias veces por semana durante años.

Estoy convencida que las indicaciones de la frecuencia de sesiones semanales –inclusive mensuales o anuales– son antes que nada debidas a nuestra propia vulnerabilidad y, más o menos inconscientemente, a ciertos aspectos psíquicos del recién llegado. Por ejemplo, un paciente cuya identificación proyectiva es particularmente intrusiva, suscitará en nosotros una defensa muy comprensible, que nos corresponderá gestionar lo mejor posible, aunque no la podamos ver organizarse en colusión con la intrusividad del paciente en un “baluarte defensivo” eventualmente inexpugnable que puede arruinar toda esperanza puesta en el proceso analítico.

Finalmente, una vez que se toma la decisión de comenzar un análisis, deberemos aceptar “meter al gato en la bolsa” como decía Freud, es decir, acoger al recién llegado aceptando no saber lo que pasará, sobre todo en cuanto a los movimientos regresivos inevitables e indispensables de toda cura analítica.

Es aquí donde nuestra experiencia psicoanalítica del funcionamiento psíquico y psicosomático nos será de mucha utilidad. Sin embargo, si esta experiencia puede permitirnos percibir ciertos huracanes que amenazan al espacio analítico, no nos evitará de ninguna manera el tener que atravesarlos. Al menos podremos organizar el salvataje con un poco de anticipación.

Los elementos dinámicos del encuadre

Cualesquiera que sean las modalidades del trabajo analítico –cura tipo, cara a cara, terapia de niños mediante el juego–, el ritmo de los encuentros será siempre un ritual, escandirá la relación interpersonal y se convertirá en parte integrante del encuadre. Es sobre este encuadre que se proyectará la manera en que lo infantil de cada uno de los protagonistas de la pareja analítica siente los límites del campo de su intercambio. Bleger ve en el encuadre la expresión de la fusión originaria con el cuerpo de la madre, el lugar del no-Yo y del no-proceso, el lugar institucional del encuentro analítico, a la vez conscientemente contractual y lugar inconscientemente dedicado a la compulsión de la repetición, y por eso mismo, receptáculo de elementos psicóticos de la relación analítica.

Cuando Bion define la matriz del continente por los actos habituales y estables del paciente y del analista en el análisis, prolonga la definición de Bleger precisando que esta matriz debería ser suficientemente flexible y fuerte a la vez para que se desarrolle dentro de ella un continente psíquico de los diversos modos de relación de objeto.

La relación continente/contenido y los procesos del pensamiento en la cura analítica

Para Bion, todo proceso de pensamiento requiere ser contenido para convertirse en cognoscible. Es a través de esta relación continente/contenido que opera sobre el flujo progrediente y regrediente de las valencias persecutorias y depresivas (PS<—>D) propias del funcionamiento psíquico, que el pensamiento del sueño, a su turno, podrá crecer en complejidad, en matices y en diferentes grados de abstracción.

Los primeros elementos del continente psíquico que encontrará el recién nacido serán exteriores a él, porque le serán dados por la capacidad de *rêverie* de la madre, y sólo introyectará este continente poco a poco. Este modelo es también el de la relación analítica, y es por esta razón que estamos particularmente preocupados en ayudar a nuestro paciente a constituir para sí un continente interno, antes de proponerle interpretaciones del contenido. He asistido a una desorganización psicótica en un profesional de la salud que participaba en una primera experiencia dinámica de grupo, cuando el líder propuso una interpretación edípica, aparentemente de una extrema banalidad, a un movimiento que se efectuaba en un subgrupo donde se encontraba esta persona.

Continencia del espacio/tiempo analítico

Desde el primer encuentro, estamos embarcados en otro espacio/tiempo: entramos en el universo de lo Inquietante.

Este espacio/tiempo que es el campo analítico forma parte de lo que yo he llamado los conceptos del tercer tipo. Nace de manera simultánea y específica en cada uno de los dos protagonistas: en aquél que pide ayuda, propone un continente a su sufrimiento; en el analista, incita a una preconcepción que busca la verdad. Thomas Ogden propone una concepción cercana a la mía cuando habla del “tercero analítico”, creado en el campo por la interacción de la pareja analítica.

La capacidad de *rêverie* del analista preforma la preconcepción que lo orientará hacia un desenlace encuentro –aceptación o rechazo de un

nuevo paciente a partir del momento en que el paciente se manifestó— aunque sea a través de un tercero prescriptor. ¿Por qué consideramos o no la posibilidad de sobrecargar un poco más nuestra ya nutrida agenda sólo porque alguien nos llama por teléfono? Mi investigación sobre los puntos ciegos en el psicoanalista en ejercicio me hace pensar que estamos nosotros también, y desde el primer contacto, solicitados por nuestros propios objetos internos. Tanto como lo son los de nuestro eventual paciente, éstos son susceptibles de desarrollar su expresión inconsciente en el proyecto de constituir o no un espacio/tiempo analítico común con este desconocido.

Ellos contribuirán sin ninguna duda a que aceptemos esa demanda y rechazemos otra. Ellos nos darán también el coraje cotidiano necesario para realizar una empresa que cualquier persona exterior al psicoanálisis tiene derecho a juzgar azarosa, a causa de la importancia de los factores inconscientes y de su imprevisibilidad en esta aventura.

En el trabajo analítico, el crecimiento de este espacio/tiempo deberá implicar una cantidad suficiente de niveles de transformación de las pulsiones de los dos protagonistas para que la comunicación pueda mantenerse. Con todo lo que conlleva de aleatorio, la evaluación de las posibilidades de crecimiento del espacio/tiempo constituye un componente mayor de los primeros intercambios entre el analista y el potencial paciente.

Espacio psíquico, espacio analítico

Por definición, el espacio donde se desarrolla el pensamiento es potencialmente infinito. Bion considera este espacio psíquico como una cosa en sí (Kant), es decir incognoscible, que puede sin embargo ser representada por pensamientos. Comparado a toda realización en un espacio tridimensional, el espacio psíquico es tan vasto que, como lo remarca Bion, el paciente siente que ha perdido su capacidad para experimentar emoción, porque la emoción misma es vivida como perdiéndose en la inmensidad.

Comparado, a su turno, al infinito espacio psíquico, el lugar de los intercambios entre los dos protagonistas de un trabajo analítico será

siempre restringido. Para ofrecernos una representación, Bion acostumbraba a comparar las relaciones existentes entre el espacio analítico y el espacio psíquico a las que existen en astronomía entre el espacio explorado y el espacio astronómico. Modestamente, esta analogía traduce bien tanto la necesidad de contener el trabajo analítico en un encuadre definido, como la exigencia del trabajo de transformación requerido para devenir, a partir de los elementos sensoriales β , en una constelación de elementos de pensamiento α que constituyen una simbolización representable y/o verbalizable de una ínfima parte de retoños de esta incognoscible “cosa en sí”.

Cada vez que se establece un lazo auténtico entre dos personas, o entre dos partes de una misma persona, se puede esperar una transformación de los elementos sensoriales en elementos de pensamiento.

Aporías y entropía del espacio/tiempo analítico

Se podría esperar que el espacio/tiempo analítico del psicoanalista, constantemente solicitado para comunicarse con otro tiempo/espacio, pueda crecer de manera exponencial. Dos aporías y un riesgo de catástrofe vienen a limitar notablemente el desarrollo del espacio/tiempo del psicoanalista. La primera de esas aporías es universal y ligada al hecho de que el Yo no escapa a la presión repetida de sus objetos internos, antes que nada de su Superyó. Incluso cuando ha sido analizado, este Superyó no es menos, dice Freud, que la expresión directa del Superyó de los padres del sujeto, es decir, de la *Weltanschauung* de sus abuelos. Como ocurre con todos los seres humanos, la fidelidad a sus objetos internos limitará el movimiento del analista.

La segunda de esas aporías viene de la situación asimétrica del analista y del paciente, en particular de la irreductible separación que existe entre la investidura emocional del nuevo paciente por parte del analista y la investidura de un sufrimiento de larga duración por parte del paciente, investidura dolorosa donde pivotará la proyección transferencial para este último.

Una vez que el trabajo psicoanalítico haya sido terminado y el duelo

de la relación se haya producido, la reintroyección identificatoria no movilizará la misma energía psíquica en uno y en el otro. El trabajo del paciente lo ha conducido a recordar y reinvestir las huellas mnémicas jamás trabajadas desde la infancia, a propósito de sus ligaduras y de sus primeros objetos de amor y de odio. En cambio, una parte importante de este trabajo ha sido ya realizada por el analista. Es por esto que yo pienso que el espacio/tiempo analítico del paciente crecerá proporcionalmente mucho más que el del analista.

Existe también un tercer obstáculo, muy serio, al desarrollo del espacio/tiempo analítico de ambos protagonistas. Es lo que yo llamaría un riesgo de catástrofe. Este riesgo es la expresión silenciosa y proteiforme de una violencia que ataca a toda proposición de un lazo significativo. En la medida en que el pensamiento es doloroso y necesita de un trabajo psíquico mucho más considerable que el actuar, la regresión favorecida experimentalmente por la situación analítica arrastrará riesgos específicos de desintrincación pulsional en el seno de la pareja analítica. Desviada de su rol de vector normal de comunicación, los movimientos de identificación proyectiva mutua de la pareja analítica se pueden transformar en un arma temida e intrusiva, incluso patológica. Ciertas partes muy enfermas del Yo y de los objetos internos de ambos miembros de la pareja analítica se sentirán encarceladas dentro del gueto de la envidia por el ostracismo de la compulsión de repetición. Sentirán un odio torturante hacia los vínculos que unen a las partes del Yo y de los objetos internos capaces de desarrollo. Es el continente quien será la primera víctima de la intrusión de una identificación proyectiva convertida en patológica. La patología del continente uno, del otro o de ambos protagonistas va a conducir muy rápidamente a un baluarte defensivo casi inexpugnable, por el estrechamiento del espacio/tiempo analítico y de la destrucción de las emociones y de los pensamientos que se encuentran allí contenidos.

Conclusión

Cuidémonos bien de adoptar una visión idealizada del trabajo analítico: incluso la porción conocida del espacio/tiempo psíquico de

un individuo, pensada y simbolizada, puede reducirse sobre todo en función de traumatismos pasados y de la repetición de éstos en la relación transferencial/contratransferencial. Bajo el efecto de una acción negativa comparable a la entropía descrita en la física astronómica, estas zonas de experiencia emocional donde surgen los “pensamientos en búsqueda de un pensador” se pueden disolver.

Este fenómeno de economía pulsional se manifiesta en el negativismo, la transferencia negativa, la alucinación negativa, la reacción terapéutica negativa, y se expresa sobre todo en el actuar y en la somatización. Encontramos también expresiones de ello en la mentalidad del grupo, explorada por Freud y después por Bion. Aquél que sufre de un espacio/tiempo interno atrofiado y que se siente aislado de toda comunicación íntima consigo mismo y con sus semejantes, se esconde muchas veces en la mentalidad del grupo, falsamente confortado por los *diktats* que vehiculiza a ésta, en el lugar de la actividad del pensar. Se observan las mismas configuraciones en los fracasos psicoanalíticos donde baluartes defensivos constituidos a lo largo del tiempo de trabajo analítico no han podido permitir el desarrollo psíquico individual organizado por el Edipo. El funcionamiento psíquico de los dos protagonistas ha lanzado un movimiento regresivo que ha atacado todas o parte de las capacidades de pensar y de simbolizar. Resultan de ello importantes “confusiones geográficas” entre el sí mismo y el otro o una supresión del espacio/tiempo analítico que permitiría una comunicación interpersonal.

Estas consideraciones conciernen a todas las clínicas, tanto a la del niño como del adolescente o la del adulto. Cada una de ellas nos sugiere la prudencia y nos enseña un poco más sobre el arte de abordar el alma de otro... y la nuestra.